

La espiritualidad del Catequista se alimenta en la Palabra, la Eucaristía y los necesitados. (DA 246-257)

El punto de inicio de toda espiritualidad cristiana es la experiencia bautismal (cf. DA 240). Inherente a todo bautizado está la acción profética, de la cual emerge la vocación del catequista como un servicio para la Iglesia. La persona del catequista se comprende como aquel creyente, que conoce y ha vivido un encuentro con Jesucristo en Persona, quien invita a encontrarnos con Él (cf. DA 131), es persona, no una doctrina, teoría o abstracción, por lo que su vida espiritual cristiana es ante todo seguir a una persona, a quien debe de conocer bien, pues no se confía ni se cree en quien no se conoce.

El encuentro con Jesucristo en persona, además de nos vincular con Él, nos configura con su Persona. Nuestra relación, vinculación y configuración con Él, y que revela la calidad de nuestra relación con el “Otro” (Dios), es también la medida de nuestras relaciones con el “otro” (hermano) y el grado de la vivencia de nuestra vocación a la santidad (cf. SI 133)

Nuestra relación, vínculo y configuración con Jesús pasa evolutivamente por tres o cuatro etapas:

Siervos – es un gran honor. María fue sierva (Lc 1,38). Jesús mismo se presenta como siervo (Mc 10,45; Mt 20,28), y da testimonio de cómo debemos servir (Jn 13,1-17). Los siervos, normalmente hablan sólo de trabajo.

Amigos – Jesús no quiere una vinculación, una relación como “siervos” (cf. Jn 8,33-36), porque “el siervo no conoce lo que hace su Señor” (Jn 15,15). El siervo no tiene entrada a la casa de su amo, menos a su vida. Jesús quiere que su discípulo se vincule a Él como “amigo”. El “amigo” ingresa a su vida, haciéndola propia. El amigo escucha a Jesús, conoce al Padre y hace fluir su vida (Jesucristo) en la propia existencia (cf. Jn 15,14), marcando la relación con todos (cf. Jn 15,12). Los amigos hablan de sí mismo, de sus vidas, de sus sueños, de sus preocupaciones...

Hermanos “de sangre” – El “hermano de Jesús” (cf. Jn 20,17) participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la misma vida que viene del Padre, aunque Jesús por naturaleza (cf. Jn 5,26; 10,30) y el discípulo por participación (cf. Jn 10,10)¹. Hay fraternidad cuando hay e compartir. Los verdaderos hermanos de descubre en la caminata.

Hijos – “Hijitos, todavía estaré un poco con ustedes...” (Jn 13,33). Tenemos que ser padres y madres unos de los otros. Es la paternidad y maternidad espiritual.

La espiritualidad, como el Espíritu Santo mismo, es siempre dinámica, creativa y abierta, no se podría hablar de la espiritualidad del catequista latinoamericano, como algo acabado, puntual, estático y desencarnado. De la misma manera, ésta no se puede proponer como una tarea en la que al llevarse a cabo por parte de cada uno de los catequistas se realice de la misma forma y dé para todos los casos un auténtico resultado, como si se tratara de un itinerario por efectuar y por medio del cual se llega a obtener una homogeneidad a través de un camino realizado.

La espiritualidad de forma, se vive y se alimenta, siendo dóciles y dejándonos conducir por el Espíritu de Cristo, que recibimos en el bautismo. Cuentan las crónicas de la evangelización del Canadá que en el año de 1648 un jesuita francés, el padre Juan Brebeuf, fue apresado por los indios iroqueses, cerca de la ciudad de Ontario. Estos indígenas habían lanzado su grito de guerra contra la tribu de los hurones a cuyo servicio estaba el padre Brebeuf y otros jesuitas.

Las torturas y tormentos a que fue sometido el padre Juan fueran tan crueles y el valor demostrado en ellas fue tan grande que los indios comprendieron que estaban en presencia del mayor valiente que jamás hubiesen conocido.

Decidieron entonces con toda lógica, beber su sangre, abrir su pecho y repartir su corazón entre el grupo de guerreros, ya que se decían admirados: Si nos alimentamos de la carne y de la sangre de este valiente, seremos invadidos de su espíritu, su valor y su fuerza.

¹ DA 132.

Los hechos de la muerte del misionero jesuita Juan Brebeuf son ciertos. Las conclusiones sacadas por los guerreros no lo sabemos. Pero no importa. El hecho verdadero es que cuando nos dejamos invadir por el espíritu de un valiente, adquirimos esa misma valentía.

Lo sabía Jesús. Por eso Jesús el valiente nos ha comunicado al Espíritu que le daba valor. Este compañero de Jesús que siempre está con Él, Jesús mismo ha querido que esté con nosotros. “Un compañero nos ha sido dado”. Los compañeros se llaman así porque comparten la misma suerte, el mismo pan, el mismo viaje, la misma aventura.

El Espíritu Santo, compañero de Jesús, fuerza dinamizadora y renovadora de Dios, está con nosotros e nos empuja en múltiples direcciones:

Empujón hacia fuera: es un empujón formidable. Es el empujón de Pentecostés. Dios a través del Espíritu Santo no toca y nos empuja hasta la misión. E este ser tocados por Dios se experimenta como fuego y como lengua. El fuego es una bellísima metáfora y se refiere al amor. Es el fuego del amor de Dios que nos inunda, un fuego que supera toda temperatura y nos pone en movimiento de amor. “Yo he venido a prender fuego en el mundo y cómo quisiera que ya estuviese ardiendo” (Lc 12,49). Francisco de Sales dice que este fuego de amor es necesario como es necesaria la pólvora en la escopeta, cuando se va de cacería. Un misionero sin el fuego del Espíritu es como una escopeta sin pólvora. Este empujón de Espíritu en Pentecostés es experimentado como fuego. Pero también como lengua comprensible. El Espíritu Santo se hace entender en todas las lenguas y en todos los dialectos. Dios habla todas las lenguas y puede ser alabado en todas las lenguas, porque la lengua de Dioses la del Amor. Aunque supiese todas las lenguas del mundo, si no sé hablar ésta no sirvo para nada, nos recuerda San Pablo. Sin esta lengua del amor no puedo cumplir la misión de Dios.

Empujón hacia todos: En Pentecostés, el Espíritu Santo se presenta como un viento que sopla fuertemente. El viento es una bellísima metáfora de la libertad. El viento sopla donde quiere y no se puede encerrar en ningún organismo, en ninguna institución, en ningún sistema, en ningún espacio. Una Iglesia demasadamente organizada y estructurada puede perder el vigor, el dinamismo y la libertad del Espíritu Santo. De manera que ser tocados por el Espíritu quiere decir ser tocados por la libertad. El Espíritu nos da la libertad para amar sin límites, para movernos más allá de toda frontera, para entrar en contacto humano y en diálogo con todos los pueblos, con todas las culturas y todas las religiones. La imagen del viento va unida a la imagen del soplo (Ruah – Gn 2,7; Jn 20,22). Este soplo de Dios se da a todos, es universal, así que cada ser humano tiene la capacidad de recibir el Espíritu que lo hace discípulo misionero, enviado de Dios (Rom 8,15). Viento y soplo van unidos y los dos indican la fuerza de vida, la vitalidad, la energía que nos pone en movimiento hacia todos.

Empujón hacia adentro: El tercer empujón es hacia adentro, hacia la comunidad, hacia la Iglesia. San Agustín llama el Espíritu Santo de Amor, que no es solo en vínculo de unión entre el Padre amante y el Hijo amado, sino que es el alma de la comunidad eclesial, la cual a su vez es signo de la misión de la Trinidad en la historia. El Espíritu Santo es el alma y el artífice de esta comunidad llamada Iglesia a la cual nos empuja y en la cual nos integra.

Empujón hacia el fondo: Empujón hacia el corazón, hacia el alma, lugar del íntimo y denso encuentro del ser humano con Dios. Esa presencia de Dios en el fondo del alma da a ella ya a todo cristiano esa seguridad, serenidad y tranquilidad, en medio a todos los problemas cotidianos a veces graves. Este lugar maravilloso, esta sede de habitación de Dios dentro de nosotros y la consciencia de la misma es un aspecto esencial de todas las espiritualidades, especialmente misioneras. Una espiritualidad misionera está abierta a las espiritualidades de los demás, entra en comunión con ellas, no tanto en la superficialidad de las diversidades culturales cuanto en la profundidad de las almas, en ese fondo donde está presente el único y mismo Espíritu de Dios.

Empujón hacia el lado: América Latina y le Caribe no es el continente más pobre del planeta. Lo es la África. Pero nuestro continente es lo que más usa los para-ojos, y por tanto el continente con más inequidad social. El Espíritu Santo tiene como una de sus tareas especiales quitarnos todo para-ojos para que en nosotros se disipe toda ceguera y se despierte la solidaridad con quienes están a nuestro

lado. Pentecostés fue el momento en que el Espíritu Santo provocó una eclosión de vida fraterna y solidaria entre los cristianos. Todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma y poseían todas las cosas en común (Hch 4,32) Entre ellos no había quien pasase necesidad precisamente por esta solidaridad espiritual, fruto del Espíritu Santo que hace que a la vez amemos a Dios y amemos al prójimo, que tengamos el contacto con los dos, en el ritmo y equilibrio dictados por el evangelio.

Empujón hacia delante: El Espíritu santo nos hace profeta de la alegría y testigos de la esperanza. “Que Dios, que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les dé abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Rom 15,13).

Empujón hacia atrás: Ver, considerar y dar gracias por la presencia y acción de Dios en la historia, con nuestros antepasados y hacer del pasado una escuela para la vida.

Empujón hacia abajo: Cuando entramos en contacto con el Cántico de las criaturas de San Francisco de Asís, nos podemos dar cuenta de que él miraba hacia abajo, hacia cuanto había bajo sus pies, la creación, pero su mirada era espiritual, era enriquecida por la luz del Espíritu Santo...

Empujón hacia arriba: hacia la santidad. Un verdadero compañero nos empuja hacia las alturas de la santidad, nunca hacia el abismo de la perdición, y así es el Espíritu Santo que nos trabaja y nos molda para que nuestro ser adquiera una forma especial, bella, pulida, la forma de Jesucristo. En este sentido todo lo bello, lo grande y lo vivo que está en Cristo resucitado pasa a nosotros.

“El Espíritu del Señor está sobre mí” (Lc 4,18). ‘El Espíritu no está simplemente sobre el Mesías, sino llena, lo penetra, lo invade en su ser y en su obrar. En virtud del Espíritu, Jesús pertenece total y exclusivamente a Dios, participa de la infinita santidad de Dios que lo llama, elige y envía. Así, los miembros del Pueblo de Dios son “embebidos” y “marcados” por el Espíritu, y llamados a la santidad. “Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu”².

Se entiende por espiritualidad del catequista no sólo el saber de este para desempeñar su tarea, sino también su habilidad de comunicador fiel del mensaje de salvación, y fiel a la persona humana, a su interlocutor; no sólo su saber hacer que le convierte en educador de la vida del hombre y, especialmente de su ser, o sea, el catequista es visto desde lo interno, con sus cualidades, sus aspiraciones, su realidad y capacidad de relación consigo mismo, con Dios, con la Iglesia, los demás y el mundo.

Con base en el concepto de espiritualidad del catequista laico, se tiene que el papel de todo catequista ha de ser el saberse un enviado de la comunidad para ser animador y educador de la fe de sus hermanos en un proceso permanente de discipulado, pues “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, Jesús, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello una orientación decisiva.” (DA 243)

La Iglesia como Madre y Maestra que es, conduce a este encuentro con Cristo, por medio de la fe vivida y recibida en ella. Como miembro de ésta, el catequista de modo particular, por su condición de bautizado, se reconoce como un ser creado a través de este sacramento y se da en libertad a Dios. Asimismo es forjado por el Espíritu Santo por lo que se puede decir que su vida es una espiritualidad.

Para que ese encuentro con Cristo vivo se lleve a cabo y se prolongue permanentemente en la vida de esa persona que ha descubierto el llamado a servir en este ministerio profético de la catequesis, cabe la pregunta:” ¿dónde te encontramos de manera adecuada para “abrir un auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad? ¿Cuáles son los lugares, las personas, los dones que nos hablan de ti, nos ponen en comunión contigo y nos permiten ser discípulos y misioneros tuyos?” (DA 245).

² Gal 5,25.

A estas cuestionantes se responde en los números 246 al 257 del Documento conclusivo de Aparecida, sintetizando que el catequista alimenta su espiritualidad en la Palabra, la Eucaristía y los necesitados, elementos que analizaremos a continuación dentro del marco del itinerario formativo de los Discípulos Misioneros en que se encuentran estos numerales.

1 - Alimento de la Palabra (Ez 2,8-3,5; Ap 10,8-11)

El primer alimento con el que cuenta un catequista en su vida espiritual, es la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios es la fuente viva de donde la catequesis extrae su contenido. Quien catequiza debe beber siempre de esta fuente inagotable, estando así impregnado por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas, gracias al contacto continuo que vive con ella y con la reflexión de la misma por medio de la Tradición de la Iglesia.³, siendo así ésta última y la Palabra alma de su acción evangelizadora. (cf. DA 247)

Recordaba el Concilio Vaticano II que todo catequista debe ser “Voz íntegra de la Palabra”.⁴ Esa Palabra es el Verbo Encarnado, con quien se ha encontrado y a quien debe de conocer. En el sentido bíblico del término, es entrar en comunión con otra persona, a la que se le conoce desde dentro, de modo honorable y profundo y, manteniendo un contacto íntimo con Él cada día, pues desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo. (cf. DA 247)

“La catequesis debe ser completa, ortodoxa, sistemática, preocupada de transmitir con fidelidad y autenticidad el mensaje de la fe”⁵, por lo tanto el catequista al transmitirla hace suyas estas particularidades, siempre y cuando beba de la fuente de la Sagrada Escritura, de este modo, su vida no solamente se satisface y plenifica con esta “agua” que da vida, sino que le capacita para transmitirla, siendo solamente instrumento, voz de la Palabra. Palabra firme y clara, especialmente por pronunciarse desde el Magisterio, la Tradición. (cfr. DP 1001, 1004)

El Papa, hace una invitación general a aquellos que son discípulos misioneros, para que en esta nueva etapa misionera de la Iglesia latinoamericana, se alimenten eficazmente de la Palabra. El catequista como educador de la fe de sus catequizandos, debe asumir en su vida las siguientes pautas en torno a la Sagrada Escritura, a las que convida Benedicto XVI en su discurso al final del rezo del Santo Rosario en Aparecida:

Un conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios.

La lectura y meditación de la Palabra, conduciéndolo a reconocerla como espíritu y vida (cfr. Jn 6,63).

Fundamentar en la Palabra el compromiso misionero.

Así se podrá comprender la Palabra como don del Padre, que como señalamos anteriormente adquiere vida en el Hijo Jesucristo, solo cuando el agente de pastoral ha hecho experiencia kerigmática, se deja impregnar de la presencia viva de Cristo Resucitado a quien desea comunicar a los demás. “Encontrarse con Él produce en la vida una auténtica conversión, renovada comunión y solidaridad”.⁶

En la mayoría de nuestras comunidades se encuentran catequistas que podemos atrevernos a decir no han tenido aún ese encuentro con Cristo. Proviene de un ambiente que no brinda un auténtico y personal conocimiento de Cristo, al proceder de comunidades en donde la gente se hace más anónima cada día, de aquí la necesidad de valorar la importancia del primer anuncio en la vida de todo catequista, y no como un dato académico, o una doctrina aprendida, sino como el centro del que nace su condición de discípulo misionero, de testigo en medio del desafío de nuestra misión continental, y en el inicio del milenio.

³ Cfr. CT, 27.

⁴ Cfr. DV 25. Se hace en este número la recomendación entre otros, a los catequistas del contacto continuo con la Sagrada Escritura, para transmitirla con exactitud y fidelidad.

⁵ Cfr. Emilio ALBERICH, *La catechesi oggi. Manuale di catechetica fondamentale*, Leumann (Torino), Elle Di Ci, 2001, 83.

⁶ E. Am 12.

Se nos dice que el encuentro con Cristo produce la conversión, la cual se da como un proceso continuo y nunca acabado, el testimonio que ha de ser la mejor y valedera forma de evangelizar, solamente llega a darse por medio de este camino. La conversión es la vivencia de una actitud coherente en la vida, dejándose plasmar por el Espíritu, renovar por Él (CT 9) sin temores a la transformación que debe operarse en su ser para alcanzar la santidad (GCM 8), la vida nueva según el Espíritu (ChL 33).

La vida del catequista debe distinguirse por la constante búsqueda de renovación, una evangelización inculturada, vivir con el tiempo, con el dinamismo propio del Espíritu dejándose transformar por Él.

La Palabra de Dios es la única que puede transformar el corazón del ser humano, el catequista es el primero, que en la lucha por una coherencia de vida se deja transformar por ella, en él debe iniciarse el proceso de conversión, el crecimiento permanente y progresivo en la fe (DP 998). En la obediencia a la Palabra, inspirado en el testimonio de María, realización perfecta de humanidad y de santidad (DP 282), “hambriento de oír la Palabra del Señor” (Am 8, 11), es que su ministerio engendrará frutos, pues no es su esfuerzo solamente, o menos aún la comunicación de sus palabras, sino la Palabra del Señor la que debe de procurar transmitir para que como una “semilla sembrada en buena tierra dé una cosecha abundante”⁷

Una de las formas privilegiadas de acercarse a la Palabra, que recomienda el numeral 249, es la *Lectio divina*, pues conduce: al encuentro con Jesús Maestro, identidad que el catequista debe asumir. Ser maestro, como Jesús, saber enseñar, de modo particular con el ejemplo, es la enseñanza siempre avalada por el saber y el testimonio, ello le exige a sí mismo el aprendizaje de comunicación y educación para con ello saberse relacionar con sus interlocutores, poseyendo así la capacidad de “enseñar con autoridad”, como lo hizo Jesús. Al conocimiento del misterio de Jesús-Mesías, reconociendo de modo particular el Mesianismo que Jesús ha propuesto, que involucra al catequista en la realidad en la que se desenvuelva para ser constructor del Reino de Dios. Esto implica riesgo, valentía, lucha, conflicto, incertidumbre. Llegar a confesar como Pedro “Tú eres el Mesías”, profesión de fe que conlleva asumir las exigencias que comporta el Reino de este Mesías. (Mt 10,1-42; 13,24-30) a la comunión con Jesús-Hijo de Dios. Llegar a reconocer a Jesús como el Hijo de Dios en el que se es hijo de un mismo Padre.

Jesús mismo de diferentes maneras, afirma y hace comprender que es el Hijo de Dios, su relación filial con Dios se manifiesta especialmente en la oración, en la que se dirige a Dios como Padre usando la palabra aramea “Abba”, que indica una singular cercanía filial y, en boca suya manifestación de la entrega absoluta a la voluntad del Padre. Aunque Jesús mismo no se define como tal en los Evangelios, la meditación y reflexión en la Palabra, acerca a este misterio. Todo el Nuevo Testamento converge en esta verdad sobre Cristo como Hijo de Dios, y San Juan al concluir su Evangelio nos dice: *“Estas (señales realizadas por Jesús) fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”* (Jn 20, 31). Verdad que nos conduce a ser partícipes de la filiación divina.

Al testimonio de Jesús-Señor del universo. La interiorización de la Palabra hace llegar al corazón del creyente la llamada a orar y dar gracias a Dios, “porque nos ha hecho capaces de compartir la herencia del Pueblo Santo en la luz. Él nos ha sacado del poder de las tinieblas y nos ha llevado al reino de su amor admirable”, descubriendo así su reinado, y el modo de ser partícipes en el gobierno y Señorío del universo de Jesús, que parte del trono de la cruz, experiencia máxima del Amor, que nos convierte en portadores de ese amor a los demás, siempre y cuando se acepte a Jesús como el Señor de la vida y por medio del testimonio, se sea constructor de su Reino en este mundo.

La Lectio Divina se convierte así en una experiencia similar a la que tuvieron de encuentro personal con Jesucristo varios personajes del evangelio, siempre y cuando se abra

⁷ Cfr. Mt 13, 1-23 “La parábola del sembrador”.

el corazón a la misericordia del Señor, se sea capaz de abrirse al mismo Mesías, mediante un proceso, o una vivencia etapa por etapa, momento a momento, a modo de un camino de crecimiento que lleve a Él y, una vez que se ha hecho experiencia íntima con Él, se transmita a los otros hermanos para ser generadores de la nueva civilización del amor, como auténticos discípulos misioneros.

Configuración del catequista con Cristo en el Ministerio de la Palabra

La base de toda espiritualidad es el deseo de Dios, de comunicarse al hombre. En la misma esencia de la “palabra” está el deseo que Dios tiene de entrar en comunión con los hombres. Toda palabra entraña comunicabilidad, capacidad de la presencia del comunicante y en el interlocutor. El catequista debe ser:

Persona “de” palabra. Persona de sólida honradez humana, un “persona de palabra”: se “todo un hombre” por su honradez, por su espíritu de justicia, por su responsabilidad, etc.; que posea todos aquellos valores que, según las estimación de la gente, contribuyan a prestigiar la personalidad humana, pues el catequista es alguien “tomado de entre los hombres y puesto al servicio de los hombres para sus relaciones con Dios” (Heb 5,1). La eficacia ministerial del catequista está condicionada, en primer lugar, por su madurez humana, y en segundo lugar, por su santidad personal. ‘Atiendan a cuánto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de virtuoso y digno de alabanza; a eso estén atentos’ (Flp 4,8; PO 3).

Persona “de la” palabra. El catequista se define por su “función mediadora” en la palabra. Él es portavoz de Jesucristo. Ofrece su ser, su voz, su vida para que Cristo continúe anunciando la Buena Noticia a los pobres de la tierra.

Persona “ante” la palabra. El Catequista es también destinatario de la Palabra de Dios que él mismo proclama. Sólo el que vive lo que anuncia y enseña es capaz de comunicar vida en su anuncio. El Evangelio es una ‘verdad’ a ‘mostrar’ encarnada en la vida del predicador, bajo la fuerza del Espíritu Santo. La fe entre por el oído y... por los ojos. ‘Mirad como se aman’. Los creyentes en general no se admiran de la doctrina cristiana: se admiran de la vida de los cristianos y se dejan ganar por su profetismo.

Persona “palabra”. Jesucristo, Palabra personal del Padre, se hizo acontecimiento revelador del amor salvífico de Dios en su encarnación, muerte y resurrección. Él es la Palabra definitiva del Padre. La Palabra de Dios, encarnada en Jesucristo, continúa en la Iglesia y está presente en ella con la misma virtualidad y la misma intencionalidad salvífica de siempre.

2 - Alimento de la Eucaristía

La oración por excelencia en la vida del catequista sobre la cual funda su catequesis debe ser la Eucaristía. En ella de manera especial la vida se confronta con la Palabra de Dios, convirtiéndose en Palabra que da y transforma la vida⁸; en ella se expresa de modo sacramental la vocación de discípulos y misioneros. (DA 250)

La Eucaristía es la cima de la unión con Dios, es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo, es la más fuerte expresión de los esponsales de Dios con su pueblo, es el acto de amor más grande jamás igualado “dar la vida por sus amigos”⁹, es el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo¹⁰. Solo desde la comunión con Jesús Eucaristía brota el auténtico amor que hace al catequista ofrecerse en Cristo a los demás.¹¹

El secreto de la acción apostólica está en ese contacto vivo y constante que el catequista tiene con Jesús Maestro. Participar de la Eucaristía, hacer oración en medio de la acción apostólica conduce a la eficacia de ésta. Sin la intimidad con Cristo, la palabra que se desea comunicar pierde su eficacia, su contenido, el servir se transforma en simple inquietud, de

⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Parlate di Cristo all'uomo che cerca la felicità*, IX,1 (1986) 1240.

⁹ Cfr. Jn 15,13.

¹⁰ Cfr. EA 35.

¹¹ Cfr. LAFRANCE, *Ora a tu Padre*, 97.

aquí es necesario aceptar la invitación que hace el Señor a sus discípulos “Vengan ustedes solos a un lugar desierto para descansar un poco...”¹²

Cristo es la cabeza de la Iglesia: la relación con los otros se da por medio de la comunión, que adquiere su máxima expresión en la Eucaristía cumbre y fuente de la vida, en ella logra reconocerse uno con el Tú, “como tú Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn 17,21).

La vida de todo catequista se fortalece especialmente en su identidad de discípulo por medio del alimento eucarístico, que lo conduce a una vida espiritual a través de su vida eclesial. La mejor forma de poder alimentar la vida espiritual es la vida sacramental, especialmente con la Eucaristía, fuente y cumbre de su vida y de la vida de la Iglesia y, lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo.

Para una participación genuina de los sacramentos, también ha de frecuentar el sacramento de la penitencia, experiencia singular del encuentro con Jesucristo misericordioso (DA 254), que se torna en vuelta a la alegría, entusiasmo y recuperación de la libertad perdida. Recobrar la vida de la gracia solamente se podrá mantener en la medida que se tenga constancia en la vida de oración personal diaria, al estilo de un itinerario de discipulado misionero. Todo ello le ayudará a lograr el grado de madurez espiritual que su cometido exige.¹³

La Eucaristía es ese bien espiritual que debe estar al centro de nuestras vidas, ella es el centro de la comunidad de los cristianos presidido por su párroco o el presbítero, y por lo tanto de la comunidad parroquial que está llamada a ser comunidad eucarística, y evidente fraternidad, pues solamente se es discípulo del Señor “si nos amamos los unos a los otros como Él nos ama”. Se es comunidad eucarística, no tanto porque los cristianos que la componen participan de alguna manera y con frecuencia en la misa dominical, sino porque la eucaristía interpela y sobre todo, forja y crea la comunidad.

La participación devota de la Santa Eucaristía hace que la vida de oración conduzca al catequista a estar unido a Cristo, así puede hablarle, escucharlo y seguirlo dócilmente, de este modo se convierte en modelo de oración y de perfección espiritual, no en un simple animador de la comunidad, sino en un promotor del Evangelio en los ambientes en que vive y trabaja.¹⁴

La comunidad parroquial a la que pertenece el catequista, según su contexto socio-cultural e incluso geográfico, debe ayudar a que se promueva (DA 253) la participación en la eucaristía dominical para que se logre convertir en un discípulo misionero maduro, que comprenda que es en la fraternidad donde, de modo esencial se vive la presencia del Señor, y se logra descubrir que celebrar la Eucaristía es compartir la vida, el amor, y nuestros bienes con los demás.

“El domingo ha significado, a lo largo de la vida de la Iglesia, el momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado”¹⁵. El centro de la vida de todo cristiano ha sido siempre la celebración dominical. Rescatarlo y que el catequista lo viva como tal, es un desafío esencial para crear la civilización del amor, y continuar siendo el continente de la esperanza.

La Santa Eucaristía es la mejor forma de oración comunitaria. Ciertamente el fenómeno de la globalización ha creado una red de relaciones a nivel mundial, sin embargo esto no disminuye en lo más mínimo la corriente individualista que vive la sociedad, contrarrestarla no es tarea sencilla, pero para el cristiano la relación amistosa con Jesús, conduce a la amistad con el hermano, y se aprende a ser comunidad, a reconocerse como una familia, “la familia universal de Dios en la Iglesia católica”¹⁶.

¹² Cfr. JUAN PABLO II, *Le nuove sfide alla fede oggi: L'indifferenza religiosa e l'incapacità di superare la soglia meschina dell'utile*, XI,1 (1988) 933. Cfr. Mc 6,31.

¹³ Cfr. FERNÁNDEZ, *Puntos débiles en la espiritualidad del catequista*, 7. Cfr. EA 32. 35.

¹⁴ Cfr. JUAN PABLO II, *Il silenzio orante che contempliamo nella casa di Nazareth sia generatore di fedeltà e di unità*, XV,1 (1992) 652.

¹⁵ Discurso Inaugural de su SS Benedicto XVI en la V Conferencia G. del CELAM, 2007.

¹⁶ Ibid

Se suscita una comunidad donde dos o tres se reúnen en el nombre del Señor, Él nos ha afirmado: “allí estoy yo en medio de ellos” (cf. Mt 18,20), de este modo la comunidad vive en la fe y en el amor fraterno, en la libertad y en la lucha por un mundo más justo y solidario, en condiciones más humanas y de paz verdadera, la vida y vida en abundancia, que brota de Jesús. (cf. Jn 10,10)

Luego de un conocimiento personal y de su encuentro con Cristo, privilegiando el contacto con Él por medio de la escucha de su Palabra, el catequista vive su espiritualidad especialmente en el grupo, que es lugar e instrumento de educación a la vida eclesial, el cual le ofrece la posibilidad de comunión, diálogo, de relación sincera con el otro, que lo conduce a la relación con el “Tú” trascendente, reconociéndose de este modo miembro de la Iglesia, del Cuerpo místico de Cristo. Se descubre así como un colaborador y servidor desde su carisma para la comunidad, un fiel anunciador de las maravillas de Dios en la historia.

Espiritualidad eucarística

“¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y El Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del Amor!”¹⁷

La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística. La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero (DA 251).

Cada gran reforma en la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía¹⁸.

Vivimos en la Iglesia alrededor de mil años, un cierto empobrecimiento cuanto a la comprensión e vivencia eucarística. El alejamiento de la fuente, la Palabra de Dios, el olvidar de los santos Padres de la Iglesia e sus preciosas catequesis y sabios sermones, han reducido la Eucaristía a un mero “objeto de adoración”, y el rigorismo moral legalista, la “pecado manía” (vivir en función del pecado y no de la misericordia divina) ha hecho de la Eucaristía un “premio para los puros”, y no el alimento de los pecadores.

El término Eucaristía procede de la conjunción de dos palabras: “*eulogēin*” (del griego), que significa alabar, enaltecer, exprimiendo más el aspecto de la persona, lo bien-decir, lo atribuir el bien a quien lo ha hecho; y “*Eucharistein*” (del latín), significa agradecer, dar gracias, acentúa mas los dones, la *charis* recibida. En síntesis, Eucaristía es dar gracias a Dios por todos los dones recibidos.

La “Cena del Señor”, o la Eucaristía, es “fuente y ápice de toda la vida cristiana” (LG 11), es el “sacramento del amor, señal de unidad, vínculo de la caridad, banquete pascual en que Cristo es recibido como alimento, el espíritu es acumulado de gracia y a nosotros es dado la garantía de la gloria futura” (PO 5) . “Sin embargo, ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima Eucaristía” (PO 6).

La cuestión es: ¿Qué sacrificio eucarístico agrada a Dios? ¿Qué tipo de eucaristía puede transformar el Continente de la Esperanza en el Continente del Amor? La cuestión tiene sentido y razón de ser, pues en la Sagrada Escritura, ya en el Antiguo Testamento encontramos muchos reproches y condenaciones a ciertos tipos de celebraciones de acción de gracias: (Is 1,10-17; 29,13-14; Jr 7,1-10; Am 5,21-24; Sir 34,18-22). En el Nuevo Testamento el propio Jesucristo reprueba ciertos tipos de sacrificios: “*No es lo que me dice: ¡Señor! ¡Señor!, el que entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre del Cielo*” (Mt 7,21); Los fariseos excluyan los pecadores, los impuros de sus mesas, de sus celebraciones de acción de gracias. Ellos reprocharan a Jesús por que comía con los publicanos y pecadores, Él les contestó: “*Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Aprendan lo que significa esta palabra de Dios: Yo no les pido ofrendas, sino que tengan compasión. Pues no vine llamar a hombres perfectos sino a pecadores*” (Mt 9, 10- 13); Ante la incoherencia y hipocresía de los fariseos y doctores de la ley Jesús recuerda y hace suyas las palabras del profeta Isaías: “*Este pueblo me*

¹⁷ DI 4 y DA 128

¹⁸ Cf. SC 6.

honra con la boca, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me rinden no sirve de nada, y sus enseñanzas no son más que mandatos de hombres” (Mt 15,7-9).

Uno de los reproches más duros lo encontramos en la carta de San Pablo a los Corintios. Ante el egoísmo, discriminación, división, acumulación de bienes, incapacidad de compartir con los más pobres, San Pablo advierte los cristianos de Corinto: “su reunión ya no es la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a tomar su propia comida y, mientras uno pasa hambre, otro se embriaga. ¿No tienen ustedes casa para comer y beber? ¿O es que desprecian a la Iglesia de Dios y quieren avergonzar a los que no tienen? ¿Qué les diré? ¿Los aprobaré? En esto no”. Así, el que no sabe compartir, el que no vive la comunión eclesial, el que no comulga el “Cristo Total”, cabeza y sus miembros que son las hermanas y los hermanos, de una manera particular los más pobres (cf. DA 65), come y bebe la copa del Señor indignamente y peca contra el cuerpo y la sangre del Señor... come y bebe su propia condenación al no reconocer el cuerpo (cf. 1Cor 11,17-34).

Por tanto, la Eucaristía, el sacrificio, la acción de gracias que agrada al Señor, que puede hacer del Continente de la Esperanza el Continente del Amor, es la alabanza sincera a Dios, fruto de labios que celebran su Nombre. Pero es, sobre todo, la generosidad y la capacidad de servir, de donarse, de compartir con los demás, de manera particular con los más pobres de nuestra sociedad (cf. Heb 13, 15-16).

Jesús instituyó la Eucaristía durante la celebración de la Pascua. Encontramos en la Biblia cuatro relatos: 1Cor 11,23-25; Lc 22,15-20; Mc 14,22-24; Mt 26,26-28, que son en su esencia concordes entre sí. Cuando Jesús, tomó el pan y la copa de vino, dirigió su oración de acción de gracias a Dios y dijo: tomen y beban, esto es mi cuerpo, esta es mi sangre, expresa lo fue su vida, una donación total de su vida por la vida de la humanidad. Esta es la perfecta acción de gracias, la perfecta Eucaristía.

Juan, por su parte, omite la narración de la institución de la Eucaristía, y no lo hace por acaso. En el lugar del relato de la institución de la Eucaristía, él nos presenta la narración del lavatorio de los pies (Jn 13,1-17). De esta forma, él coloca en evidencia la relación entre Eucaristía y servicio a los hermanos. Substituyendo el relato de la acción litúrgica de la eucaristía, por la acción afectiva del servicio, Juan substituye el sacramento por la realidad que éste significa, a saber, el servicio de la caridad fraterna. El gesto de lavar los pies, es una especie de explicación o de un comentario simbólico del sentido más profundo de la eucaristía. Lo que es, todavía, más significativo, es que Juan concluye el relato del lavatorio de los pies con esta orden dada por Jesús: “*Les he dado un ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes*” (Jn 13,15), que hace eco al mandamiento eucarístico: “*Hagan esto en conmemoración mía*” (Lc 22,19). Es igualmente instructivo el hecho que Juan termina este capítulo particular de su Evangelio, recordando el gran mandamiento en el contexto de esta acción dramática y simbólica que es el lava-pies: “*Les doy este mandamiento nuevo: que se amen unos a otros. Ustedes se amarán unos a otros, como yo los he amado. Así reconocerán todos que ustedes son mis discípulos: si se tienen amor unos a otros*” (Jn 13,34-35).

La pedagogía de Jesús nos es meramente teórica, abstracta, ritual, es sobre todo el servicio y el donarse sin reservas (cf. Mt 20,28) por la vida en abundancia para todos (cf. Jn 10,10). Por tanto, es el vivir eucarísticamente, o sea, hacer del servicio gratuito, generoso, solidario a favor de la vida, la acción de gracias a Dios, que contribuye con la transformación de nuestro continente en el Continente del Amor.

3 - Evangelizado por Cristo en el rostro de los necesitados

La presencia del Señor se manifiesta también de modo particular en los pobres, afligidos y enfermos (cf. Mt 25, 37-40). En el ejercicio de la caridad para con ellos el catequista descubre el rostro vivo de Jesucristo, se encuentra con el Dios viviente, que camina a su lado, y que incluso desde la necesidad alimenta la vida de quien sabe creer en el misterio de su cruz y adherirse a Él.

Por tener la experiencia de la salvación en su vida, todo catequista puede ofrecer un verdadero testimonio¹⁹, reflejando con la coherencia de sus actos la virtud de la caridad²⁰. La

¹⁹ Cfr. DAMU, *La spiritualità del catechista*, 24.

²⁰ Cfr. Col 3,12-15.

vivencia del amor de Dios sobre sí, le capacita para cultivar la caridad, el servicio y entrega especialmente por los últimos, por los más necesitados, afligidos y marginados. (DA 257, DP 979-982, SD 200)

Todo catequista participa de la misión profética de la Iglesia, y debe asumir algunas actitudes para desempeñar con fidelidad la evangelización, entre ellas: una vida de comunión, respeto a la cultura de cada pueblo, diálogo misionero, discernimiento, la puesta en práctica de la Palabra, el ser creador de comunidad, el amor y la solicitud por los pobres y necesitados. En fin, una vida que por medio de la misericordia, la firmeza, la paciencia en las tribulaciones y en donde a pesar de las persecuciones, se viva la alegría de reconocerse mensajero del Evangelio, desembocando así en lo que cristianamente denominamos santidad. (DP 377-384)

Como persona de fe, quien catequiza es sensible a la vida de la comunidad, abierto al diálogo, capaz de crear relaciones humanas, participando así de la vida de su pueblo, nunca alejado de él.²¹ De esta manera es como puede descubrir los rasgos de Cristo que le interpela, le evangeliza (DA 257) en cada uno de sus interlocutores, de sus catequizandos, de los pobres, marginados y sufrientes. Fundamentalmente en estos casos:

Los niños, necesitados de amor desde antes de nacer, maltratados por una sociedad que les vuelve la espalda y no desea oír su llanto emitido por el hambre, la explotación y la falta de todo tipo de recursos de quienes los han engendrado. Muchos otros sometidos a la prostitución infantil, al turismo sexual (DP 32, DA 65)

Los jóvenes, indecisos ante tantas oportunidades que se les presentan en la vida, con toda su capacidad y energía para alcanzar lo mejor, pero sin rumbo y quien les guíe en su discernimiento, dejándose seducir por los falsos espejismos de felicidad que le ofrece la droga, el alcohol, el libertinaje. (DP 33; DA 50, 65)

Indígenas, afro-americanos, que en muchas ocasiones no son tratados con dignidad e igualdad de condiciones. (DP 34; DA 65)

Excluidos y marginados, entre los que se encuentran no solamente los más pobres, sino también aquellos que por esas mismas condiciones la mayor parte de las veces caen en la cárcel, son portadores y víctimas de enfermedades graves, considerándoles “sobrantes” y “desechables”. (DA 65)

Campesinos, sin tierra, por lo tanto sin libertad para ser ellos, para producir y vivir. (DP 35. DA 65)

Obreros, sub-empleados, desempleados, marginados, que no cuentan con derechos, sometidos la mayor parte de las veces a quienes tienen el poder dentro del sistema económico, político y social. (DP 36-38)

Ancianos, que luego de haberse dado por entero en sus vidas, se les margina en la sociedad, a causa principalmente de la mentalidad de progreso, producción. Se les rechaza por sentirlos excluidos del sistema productivo, se les considera por sus mimas familias como personas incómodas e inútiles. (DP 39; DA 65)

Como agente transformador del ambiente en que vive, el catequista por su constante relación con Dios, ha de tener la capacidad de descubrirlo presente en cada uno de sus hermanos, quien quiera que este sea, y especialmente en aquellos más necesitados tanto materialmente como espiritualmente; así podrá conducirlos hacia quien da sentido y plenitud a sus vidas.

Conclusión:

El Espíritu Santo sigue vivo y actuante, sus impulsos e inspiraciones siempre son nuevas, son los que dan una vida renovada a la Iglesia, al mundo, por tanto, el tema de la espiritualidad permanece abierto e igualmente el tema de la espiritualidad del catequista.

²¹ Cfr. GRZONA, *Perfil del Catequista en una espiritualidad encarnada*, 585.

El catequista consciente de ser Iglesia, asamblea convocada por Cristo para llevar su testimonio al mundo entero, y reconociéndose configurado en Él como sacerdote, profeta y rey, descubriéndose discípulo misionero, se sabe edificador de un mundo mejor, que se rija por los valores del Evangelio siendo luz y sal para la sociedad.

La comunidad eclesial debe ayudar a configurar la identidad y la personalidad de cada uno de sus miembros. No siempre toda comunidad es reflejo de un auténtico testimonio de vida cristiana, que atraiga a muchos hacia el camino de la fe en Jesucristo. Por ello la Iglesia no puede renunciar ni minimizar el ejercicio de su innata responsabilidad de Madre y Maestra, que engendra nuevos hijos gracias a la acción del Espíritu Santo, y los acompaña el resto de sus vidas en el proceso de educación en la fe.

Se torna necesario como propuesta, por la misma experiencia de los catequistas en su proceso formativo, alcanzar una vida espiritual que parta de una experiencia procesual que tiene como base la vida de comunidad. Así nos lo recuerda el capítulo 7, sobre la “Misión de los discípulos al servicio de la vida plena”, debe de iniciar por la conversión pastoral, requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo Maestro y Pastor, esto sirve como base para la apertura, diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas.

Más que grupo, todos los catequistas han de aprender a vivir como comunidad. Encontramos el modelo paradigmático de esta renovación comunitaria en las primitivas comunidades cristianas (cf. Hch 2, 42-47), que supieron ir buscando nuevas formas para evangelizar de acuerdo con las culturas y las circunstancias. (Cf. DA 369)

La vida de una pequeña comunidad lleva al cristiano a madurar en su vida de fe, por ello la necesidad de que el catequista pueda vivir esta experiencia con los mismos compañeros catequistas, no solo de su área, o nivel, sino de su comunidad parroquial. Su madurez de fe lo lleva a creer, vivir, celebrar y anunciar lo que la comunidad eclesial cree, vive, celebra y anuncia. Por medio de su vida de comunidad, se torna favorable la oportunidad de un auténtico encuentro con Cristo. A sabiendas de que el catequista puede tener una experiencia comunitaria previa al servicio en este ministerio específico, y que incluso si cesa en este servicio cuenta con su comunidad para continuar su proceso de fe.

El encuentro con la persona de Cristo es siempre nuevo, no se puede reducir a un solo momento de la historia personal, da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (DA 243), porque Dios es Amor, el Amor en cada uno se da y manifiesta de modo particular, y “la espiritualidad del catequista es un modo específico de amar.”

La vida sacramental, de oración y celebración ayuda a descubrir todo el significado de su vida religiosa, y del ministerio en el que sirve, con esta práctica su conversión se realiza, teniendo una conducta de vida según el Evangelio, tratando de asegurar la fidelidad a la vocación cristiana en el mundo, siendo reflejo de su vida profesional y social.

Todo catequista encuentre en María Santísima, ejemplo de sacrificio, amor y servicio, a la Madre y Maestra cercana que camina junto a él, para confortarlo y conducirlo hasta la plenitud de Aquel que es “camino, verdad y vida”.

HACIA UNA PASTORAL DE LA TERNURA EN EL CAMINO DE SEGUIMIENTO DEL SEÑOR.

Guillermo Meza Salcedo, Pbro.

La ternura forma parte fundamental del ser humano como oferta y como demanda, es decir, por un lado, está inscrita en lo más profundo de cada ser humano, capaz de ofrecer ternura, pero por otro lado, es una necesidad básica, de la cual la persona no puede prescindir porque no llegaría a vivir su humanidad en toda su plenitud. La ternura es sobre-abundancia del amor compartido. Es el amor que abraza, envuelve, protege y salva. Esta ternura abrazadora, envolvente, protectora y salvífica es la quinta esencia del Dios Creador, Liberador y salvador. En Jesús la ternura divina se manifiesta en toda su plenitud.

1. Jesús de Nazareth: Sacramento de la ternura entrañable de Dios.

Los Evangelios son la revelación de la ternura entrañable de Dios para con el ser humano. Una ternura que se hace epifanía en el corazón palpitante y acogedor de Jesús; un *corazón sensible*, capaz de ternura solidaria, de compasión, de benevolencia y de amistad gratuita. La ternura de Jesús revela cuanto más de humano existe en Dios y cuanto más de divino existe en el hombre. La encarnación de Jesús en la historia humana es fruto de las entrañas de la ternura de Dios. En Jesús, Dios ha visitado a su pueblo; toda su vida compartida a través de su mensaje y de los milagros es un signo de la llegada de su Reino, es decir, de la entrañable misericordia que restituye la plenitud humana a los excluidos. Dios se manifiesta en Jesús devolviendo su rostro humano a la sociedad, y la sociedad se transforma y humaniza en la medida en que se acerca al Dios de la ternura que es el mismo Dios del Reino.

La ternura representa la práctica amorosa y entrañable de Jesús, su empatía y simpatía *con-por-y-para* el otro. Ella es la envoltura del amor, el clima de atención y efusión afectiva indispensable para que el amor pueda manifestarse, realizarse y experienciarse en toda su profundidad.

Siendo fiel a su experiencia de Hijo amado, es decir, entrañado, querido, abrazado por su Abbá, Jesús hace de la ternura entrañable la razón de su existencia. Vive del amor, en el amor y para el amor, vive la compasión. Una compasión que se convierte en desvelamiento visible de la ternura divina que es, además, uno de los contenidos fundamentales de su mensaje y la fuerza constitutiva de su misión.

La plena humanidad de Jesús lleva históricamente consigo una plena asunción de los sentimientos humanos, en particular de la ternura como *acto afectuoso*, como vivencia orientada a la “bene-volencia” y a la piedad... Cada vez que los evangelios se refieren a la “com-pasión” de Jesús remiten a *un sentimiento, a un modo de sentir experimentado realmente por Él*, encarnado en la primera persona, a una aproximación suya a los necesitados, con todo lo que esto implica en el plano de la participación y de la disponibilidad al servicio hasta la entrega de la misma vida.

Su ternura es así *com-pasión*, es decir, pasión compartida, participación profunda *no apática* sino *empática* y *simpática*.

En Lucas, el Evangelio de la misericordia, se percibe a un Jesús muy humano, lleno de “ternura solidaria” y “defensor de los derechos humanos”. Este trato humano de Jesús se deja ver en la ternura y el dolor compartido con una pobre viuda que llevaba a enterrar su único hijo (7,11-17); en la acogida cariñosa a la pecadora conocida de todos pero que llora sus pecados (7,36-39); al aceptar dialogar con diez leprosos y ofrecerles la seguridad de la curación (17,11-19); al hospedarse en casa de un jefe de publicanos con la convicción de que también este es hijo de Dios (19,1-10); y hasta en el diálogo esperanzador con el ladrón, compañero de suplicio, para abrirle las puertas del paraíso (23,39-43).

1.1 – Jesús de Nazareth: creador de “fraternura”.

Jesús no se queda parado sin hacer nada ante la vulnerabilidad ajena, sino que se muestra solidario con el dolor humano, ofreciendo respuestas llenas de com-pasión que restituyen la dignidad perdida o quitada a las personas. A través de su actuar entrañable, que trastoca muchas veces las leyes, les devuelve la integridad, la fortaleza, la vida, la alegría y la esperanza, restaurando con todo ello las relaciones socioculturales.

En relación con las mujeres excluidas de su tiempo – símbolo del *apartheid* social – Él reconoce, valora e invita a darles su lugar en la comunidad porque su testimonio no era tenido en cuenta (Lc 24,22-24)...

En cuanto los *samaritanos*, que tenían ‘pleito casado’ con los judíos desde los tiempos antiguos (Eclo 50,23-26) por ser considerados despreciables y pervertidos. Jesús invita a sus oyentes a fraternizar con ellos. Presenta el “buen samaritano” como paradigma de hacerse prójimo.

Los *publicanos* – injustos, poco honrados – y *pecadores* son destinatarios de su amor. Jesús se hace su amigo, iba a sus hogares para festejar con alegría el hecho de su conversión (Lc 5,27-32).

1.2 Jesús de Nazareth: ternura profética

La ternura de Jesús no tiene nada que ver con besos y abrazos ingenuos, sino que es una ternura acompañada de todo el vigor y de toda la fuerza del *animus*, se trata de una “ternura profética”, la cual es a la vez amorosa y denunciante. Frente al sistema de exclusión, de segregación y culpabilización, Jesús manifiesta su ternura solidaria – efectiva y afectiva – como signo del Reino. La ternura solidaria se manifiesta como encarnación porque asume hasta el fin la vida del hombre, con sus luchas y esperanzas, sus alegrías y sufrimientos, como autodonación porque ofrece y da todo de sí.

Se puede afirmar que la ternura de Jesús tiene una *dimensión revolucionaria*, que va más allá de las costumbres comúnmente aceptadas y consolidadas. *En Jesús descubrimos que el mismo Dios ha decidido hacerse solidario de los hombres: asume su dolor y su pequeñez, su historia de ternura, de búsqueda y fracaso. Desde el misterio de Jesús podemos definir al hombre como aquella realidad con la que el mismo Dios ha decidido hacerse solidario... “Dios está en Jesús haciéndose solidario con los hombres...”*. La invitación de Jesús a vivir el mandamiento del amor de una manera totalmente nueva, desconcertante y desafiante. La humanidad se edifica con la “fuerza del amor humilde” y no con agresividad. Lo que queráis que os hagan los hombres, hacedlo vosotros igualmente... Sed compasivos (misericordiosos) como vuestro Padre es compasivo (misericordioso) (Lc 6,27-36). “Sed santos...” Más que la santidad, es la compasión entrañable de Dios, su ternura, el principio o el *ethos* que ha de inspirar la actuación humana.

Practicar la misericordia no es sólo cuestión de abrazos apresurados y faltos de compromiso. Es mucho más. Es el compromiso efectivo y afectivo para transformar las situaciones y las relaciones equivocadas; es superar barreras de raza (10,33) y de sexo (8,43-48), de categoría social (7,1-3); es vencer prejuicios (7,39-47), es poner siempre en primer lugar la vida, sobre todo de los más necesitados (6,6-10); es actuar gratuitamente, es encabezar la defensa de los hambrientos, de los humillados, de los marginados y, al mismo tiempo, denunciar a los que explotan y humillan, dominan con arrogancia (6,20-26). Practicar la misericordia es cargar con ternura a los excluidos, a los pecadores, con sus dolores y clamores, como hace el pastor con la oveja perdida y cansada (15,3-7). Es convivir con el pueblo; es caminar, visitar, entrar en las casas, escuchar, sentarse, compartir, animar, socorrer, cuestionar, lo mismo que hacía Jesús (5,1; 6,17-19; 9,11; 12,1).

1.3 – Jesús de Nazareth: Reino y ternura del Padre en su mensaje y parábolas

El mensaje central del anuncio del Reino de Dios anunciado por Jesús fue un mensaje sencillo cuyas palabras estaban al alcance de todos. Su mensaje henchía el corazón, sobre todo, de aquellos que en su pueblo tenían amenazada su vida y dignidad, es decir, respondía a los más pobres y débiles, los excluidos, los nadie, para quienes la llegada del reinado de Dios evocaba, así, una auténtica bendición y una verdadera ‘buena noticia’.

Las parábolas presentan a un Jesús plenamente encarnado en su historia, atento a las realidades cotidianas, con una mirada cariñosa frente a las personas que lo rodean, aun cuando pueda tratarse de actitudes poco edificantes. La ternura no es un remiendo del contenido evangélico sobre el amor, sino su corazón, su esencia, y además, es el camino de su plena e integral realización.

Es buena nueva de la ternura que consiste en el paso de un ‘corazón de piedra’ a un ‘corazón de carne’, o sea de un corazón egoísta y cruel, a un corazón capaz de querer tiernamente. El mensaje de Jesús apunta a grabar la ley del Padre – el Amor - en el corazón humano. Así entonces, el mandamiento “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18) se realiza estableciendo relaciones de paz entre todos los seres de la creación: “Las espadas se transformarán en azadones y las lanzas en podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra” (Is 2,4). “El lobo vivirá con el cordero, la pantera se acostará junto al cabrito, el becerro y el leoncito pastarán junto” (Is 11, 6-8; 65,25). Estas profecías se realizan en el tiempo de Cristo que establece una nueva civilización del amor como fruto de la ternura entrañable de Dios.

Con la *parábola del amor del Padre* (Lc 15,11-32), Jesús quiere mostrar el rostro de Dios tan bueno, indulgente, lleno de ternura y misericordia, tan rebosante de amor. Es la “parábola tipo” de la ternura entrañable de Dios. El personaje central de la parábola no es el hijo sino el Padre; en ella se presenta la figura de Dios con rostro paternal, quien cuando ve a lo lejos venir a su hijo se conmueve profundamente, sus entrañas se llena de gozo y de alegría. Su paternidad se transforma en acogida gozosa, la cual se consume en el perdón que recrea nuevamente la vida del hijo. Es una experiencia de un amor sin límites, de una ternura sorprendente, extravagante, imprevista e imprevisible. La ternura es fiesta, es una vida compartida. abierta al gozo del encuentro con los otros.

La *parábola del buen samaritano* (Lc 10,25-37) nos presenta un amor entrañable e ilimitado, una ternura de don puro, de una benevolencia gratuita.

Así pues, querer ser discípulo de Jesús, implica reconocerlo en los demás, en los más pequeños: “... cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mt 25,40). En el Samaritano Jesús nos presenta únicamente un buen ejemplo de vida sino un modo nuevo de ser y de organizar las relaciones humanas y la

vida social, una elección de vida a favor del prójimo. En esta imagen del samaritano se tiene la carta magna de la ternura como respuesta para los discípulos y como forma de actuación concreta del amor evangélico.

Para Jesús, Dios es compasión, entrañas, diría Él, “rah^amín”. Es el padre-madre que da vida, que alimenta, que cuida. La ternura es su modo de ser Dios, su primera reacción ante sus hijos, su principio de actuación. El mira en primer lugar a los seres humanos como hijos salidos de sus entrañas y fruto de su amor, después se compadece de su pobreza y tiene misericordia también de su debilidad: y finalmente, les ofrece el perdón de sus pecados. Éste es el orden en que hay que pensar a Dios: ternura, misericordia, y compasión, perdón. Esas son sus entrañas.

A la luz de este recorrido por los escritos evangélicos, se puede descubrir que hay en ellos una “teología y una cristología de la ternura”, con besos, abrazos, caricias, miradas, perfumes, intimidad, amistad, gozo, fraternura, comida en común (Mc 14,3-9; Lc 7,36-50; 10,38-42; Jn 12,1-12). Todo el Evangelio proclama que, en definitiva, lo que salva al ser humano, no son las leyes civiles ni las normas canónicas, sino el amor más tierno y preocupado que cuida de los que ama, que abraza con cariño o se dedica humildemente a lavar los pies. Efectivamente, los Evangelios son un testimonio de cómo amar, como vivir la retaliación con los demás abriendo espacios de intimidad, de ternura, de compasión: cómo cuidar a las personas amadas, cómo escuchar sus gemidos o secundar los deseos de su corazón, cómo nutrirse de su cercanía y de su confianza, cómo caminar en el amor hacia el Amor”.

2. LA IGLESIA, SACRAMENTO DE LA TERNURA DE JESÚS

La verdad acerca de Dios como: “Padre de ternura entrañable”, se revela a través de Jesús en la manifestación plena de su humanidad, como cercanía y solicitud hacia las personas, sin importar raza, grupo, clase, sexo, o edad, pero principalmente cuando sufren, cuando están amenazadas en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad. Hoy, ante una multitud de personas excluidas que claman ternura, claman al cielo y a la tierra ‘hogar’, es decir, identidad, seguridad, confianza, encuentro y acogida, la Iglesia tiene el gran desafío de transformarse en un *hogar* para todos; en “*casa de ternura*”.

Hace unos años Josep Kantenich cuestionaba la situación del mundo, con el anhelo de construir un mundo más humano, más fraterno. Estas eran sus palabras: “¿Conoces aquella tierra cálida y familiar: donde corazones nobles laten en la intimidad, donde con ímpetu brotan fuentes de amor para saciar la sed de amor que padece el mundo... donde ojos transparentes irradian calor y manos bondadosas alivian los dolores... donde el amor, como una vara mágica, transforma con prontitud la tristeza en alegría, donde el amor une los corazones y los espíritus?”

La iglesia debe ser “*casa y escuela de comunión*”, para responder a las demandas del mundo globalizado, principalmente del mundo de los excluidos que solicita-clama hogar, calor, ternura, reconocimiento, acogida, inclusión. La Iglesia ha de *ser caricia de Dios para la humanidad*.

2.1 Iglesia de la ternura: misterio de comunión y sacramento de salvación

La Iglesia es sacramento universal de salvación (AG 1) y “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo género humano” (LG 1). La Iglesia es el ámbito de vida en que se anuncia, se densifica y se celebra de forma abierta el misterio relacional y de comunicación de la ternura de Dios con los hombres en Cristo. La ternura de Jesús ha de vivirse por tanto *ad intra* (lugar concreto de la ternura de Cristo en sus diversos aspectos de encarnación, comunión y de autodonación) y *ad extra*, en cuanto la Iglesia existe para ser testigo y comunicar a la humanidad el misterio de Jesús. Ser una Iglesia de la encarnación como “ternura de ser en”; una Iglesia de la comunión como “ternura de ser con”; una Iglesia de la autodonación como “ternura de ser para”.

2.1.1 Iglesia “de la encarnación”, comunidad de encarnados y divinizados, como ternura de “ser en”.

El misterio de la encarnación en una doble vertiente: una vertical, encarnarse-divinizarse en Dios, y otra horizontal, encarnarse en la historia humana. “Vivir en Cristo” la pasión por Dios y la pasión por la humanidad.

La Iglesia en cuanto “sacramento de salvación” ha de *ser-en-el-mundo*, es decir, ha de estar atenta a los desafíos del mundo actual y ser sensibles a las angustias y esperanzas del ser humano. Jesús vivió toda la vida en el corazón del pueblo: se metió en la ciudad, en las casas, en la sinagoga y en el templo, andaba en la plaza pública, en la calle y en la periferia. Ser Iglesia encarnada, es ser presencia física en medio de los excluidos, con contacto vivo, ya que el comienzo de toda pastoral empieza siempre con la encarnación. “*Es la Iglesia que nasce del pueblo por la fuerza del Espíritu*”, que, acogiendo la entrañable ternura del Padre, se hace profundamente humana y enamorada de la humanidad.

“*Iglesia pueblo de Dios*” que destaca la *Lumen Gentium*. El pueblo es de Dios y de él viene su identidad... su Dios no es alguien lejano y despreocupado de la suerte del hombre, sino, al contrario, es el origen de la vida y el Señor de la historia que interviene salvando y mostrando el camino de salvación.

“*He aquí que días vienen... en que yo pactaré con la casa de Israel una nueva alianza... Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones las escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... y todos ellos me conocerán del más chico al más grande*” (Jer 31,31-34). Los que creen en Cristo viven en la libertad de los hijos de Dios, viven la nueva alianza escatológica con su creador guiados por su Espíritu (2Cor 3,6), son templo de Dios lleno del Espíritu Santo (1Cor 3,6), son plantación de Dios y edificación de Dios (1Cor 3,5-9).

La Iglesia es el pueblo de Dios que acoge en sus entrañas el Reino de Dios, lo agradece, lo celebra, lo vive, lo proclama, lo testimonia y lo extiende. La Iglesia se experimenta a sí misma como una porción de la humanidad liberada por la ternura de Dios, por lo que muestra el carácter humanizante de acoger Dios en la vida personal y comunitaria; el carácter humanizante de hacer de Dios, de su amor, de su bondad, de su ternura, de su justicia, el *ethos* fundamental de la vida de la comunidad.

La Iglesia de la encarnación, es finalmente, la “*Iglesia del Espíritu*”, que hace de ella un “*pueblo de profetas*” (Jl 3,1-3; Hch 2,17-19), de hombres y mujeres, jóvenes y ancianos llenos del espíritu divino, que con un testimonio valiente por la verdad se empeña en ser portavoz de Dios e intérprete de su proyecto en la historia.

2.1.2 Iglesia “de la comunión” en solidaridad y amistad como ternura de “ser con”

La esencia de la fe eclesial es la vida de Deus ‘comunión’, de la que todo ser humano, especialmente el cristiano, participa (GS 24). El ser humano no es lo que es sin los otros y con ellos; la realización plena se logra en la comunión de vida. *Ante un mundo roto y deseoso de unidad es necesario proclamar con gozo y se firme que Dios es comunión.*

En efecto, penetrando en el misterio de la trinidad, se iluminará el camino para lograr una vida auténtica de comunión en la vida de la Iglesia. “Cada persona es viviendo para las demás”. Esta koinonía trinitaria lleva la comunión en la familia de los hijos de Dios, donde el egoísmo apático – insensibilidad – no tenga lugar, puesto que no hay cosa más opuesta al proyecto de Jesús de Nazareth como la insensibilidad por el que sufre, es más pequeño, el más débil, el pobre y excluido. Iglesia de la ternura, una iglesia des-centrada por la misericordia.

Vivir la Iglesia de la comunión en solidaridad y amistad como ternura de “ser con” requiere la supresión de las barreras sociales, la renuncia de la dominación, la convivencia fraterna, el amor al prójimo, donde en definitiva, la ternura sea la *norma normans* de la Iglesia y haga de ella una Iglesia *incluyente, hospitalera, fraterna y generosa en la mesa y fuera de ella*. Los pobres y excluidos, a quienes se les negaba la convivencia comunitaria, somos todos hijos de un mismo Padre que hace salir su sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos (Mt 5,45). *El hijo amado, misericordia, desentrañada del Padre como plenitud de gracia y fidelidad, se ha vuelto hacia la humanidad entera para hacer de ella una comunidad familiar que vive de su bondad y su ternura, derramada abundantemente sobre nosotros según su misericordia.*

En la comunidad cristiana, ya no son huéspedes sino hermanos, miembros de una misma familia y partícipes de todos los derechos. Es así como la Iglesia se vive como una “nueva humanidad en Cristo”, un “hogar para quienes no tienen patria ni hogar”. Las comunidades cristianas primitivas eran inclusivas y mostraban una gran capacidad de integración social: la casa era el símbolo de la Iglesia como comunidad abierta y hospitalaria sin privilegiados ni extranjeros.

La Iglesia de la ternura es hospitalera – Ya en los Evangelios, practicar la hospitalidad es acoger al mismo Cristo (Mt 10,40-42). La hospitalidad se vive como el amor que busca desplegar más allá del propio hogar y del propio estatus social, es decir, se trata de ir más allá de la bondad y dulzura en el trato con los familiares y amigos, con los que pertenecen al propio círculo. La práctica de la hospitalidad ha de ser hoy para la Iglesia actual un imperativo, en cuanto la acogida del extranjero, del extraño, del vulnerable, es un don de Dios para enriquecer la comunidad.

La Iglesia de la ternura es “fraterna” – “Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos!” (Sl 133). “Si el pueblo es una familia de hermanos, entonces no debe haber marginados ni pobres, e si manifieste todo un elenco de actitudes humanas básicas y necesarias para la vida comunitaria, como: *tener un mismo sentirlos unos para los otros (Rm 12,16); amarse cordialmente los unos a los otros y estimar en más cada uno a los otros (Rm 12,10); acogerse mutuamente (Rm 15,7); saludarse los unos a los otros con el beso santo (Rm 16,16); esperarse (1Cor 11,33); preocuparse (1Cor 12,25); servirse por amor los unos por los otros (Gal 5,13); ayudarse (Gal 6,2) y consolarse y edificarse mutuamente (1Tes 5,11)*... Se puede decir que la comunidad cristiana es el lugar donde los hombres y las mujeres aprenden a ser hijos e hijas de Dios en común: aprenden a vivir como hermanos, as escucharse y ayudarse mutuamente, viviendo en actitud de profunda encarnación, compartiendo los pesares, celebrando en común las alegrías y llevando los unos las cargas de los otros. *La Iglesia sólo puede anunciar al Dios de Jesús siendo un sacramento de la fraternidad.*

La Iglesia de la ternura es el lugar de la mesa compartida – Sentarse a la mesa y compartir los alimentos es mucho más que eso. Es una forma de iniciar a mantener relaciones humanas: es signo de comunión, comunicación, de vida comunitaria que vincula íntimamente con la casa y con la familia... es un hacer común la vida, un ‘vivir con’. Es signo de fiesta, de alegría, de celebración, hay gozo compartido, hay gratuidad y gratitud. El compartir la mesa en Jesús tiene un carácter inclusivo que no tenía la religión judía, pues con sus normas de pureza y honor, sostenían y legitimaban un orden cerrado y excluyente.

Hoy la Iglesia, siguiendo esta misma dinámica, ha de ser para todo el género humano un hogar que prepara la mesa, sale a los caminos y a las cunetas de la sociedad para invitar a todos a participar de su banquete, ofreciendo tanto el pan de la palabra como el panque alimento para la vida presente y futura.

La Iglesia de la ternura es el lugar de la comunión de bienes – “Todos los creyentes vivían unidos y todo en común” (Hch 2,44). “La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos” (Hch 4,32).

2.1.3 Iglesia “de la autodonación”, una Iglesia de la cruz, como ternura de “ser para”

En la *kénosis* de la cruz el amor se plenifica, el abandono se hace don como dilección amorosa “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). La cruz dice que la ternura es regalo, es vida entregada, es compasión y revelación de la ternura del hombre al propio hombre, por eso, dicha ternura únicamente se puede concretar como alianza existencial en respuesta al proyecto salvífico de Dios, como *entrega por amor de lo que uno es*. Desde la ternura de la cruz se accede a un misterio de amor capaz de subvertir el orden establecido, de otorgar valor y reconocimiento a toda persona que permanece en los márgenes de la historia. En la cruz, las huellas de la entrañable ternura se dejan ver como provocación recreadora de la humanidad.

“La Iglesia está radicalmente suspendida de la cruz de Cristo y solo en ella es como persevera en la solidez de su fe” (Gregorio de Elvira). “La Iglesia nace de la cruz” (San Ambrosio). “Muere Cristo para que nazca la Iglesia” (San Agustín). “Del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia” (SC 5). “El cuerpo entregado es el hogar del nuevo establecimiento de la alianza, de la nueva reunión de la comunidad: ámbito, altar, sacrificio, banquete, comunidad y espíritu de ésta: todo a la vez” (H. U.von Balthasar).

La Iglesia no puede permanecer apática ante el sufrimiento humano sino que ha de reaccionar ante las desgracias ajenas con la firme y tierna actitud de luchar contra la cruz de la miseria, de la enfermedad, de la opresión, del aislamiento y del subdesarrollo. Los cristianos deben tener los mismos sentimientos de Cristo (cf. Mt 25,31-46).

Este modelo de Iglesia como “casa de la ternura” se constituirá en un signo profético, en modelo contrastante de una pretendida globalización que quiere homogeneizar pueblos y culturas, pues en un mundo excluyente, ella incluye y hace protagonistas a pobres y excluidos de su realización como Iglesia.

Este es el proyecto original de comunión que trae y propone Jesús desde el proyecto del Padre, incluyendo en la vida de los excluidos, acogiendo a marginados, defendiendo a los humillados y proscritos – mujeres, niños, ignorantes, inútiles, miserables, - bendiciendo a los malditos y yendo ‘primero a los últimos’ hasta identificarse con ellos a cotramano de las leyes y costumbres excluyentes; es la comunión que sí incluye la sensibilidad y la ternura, hacia la madurez espiritual, antropológica, psicológica y afectiva.

2.2 La pastoral de la ternura, un modo de ser, de amar y de adorar para la humanidad

La ternura no representa solamente un tema de estudio o una perspectiva eclesiológica añadida cuantitativamente a las demás, sino un modo de ser, de amar y de adorar inscrito en el DNA de la iglesia y dirigido a renovarla permanentemente, orientándola a una fidelidad humilde y siempre nueva la misterio de la pascua. Al pie de la cruz y en el don del Espíritu, la Iglesia se plasma como Iglesia de la ternura y de la ‘sabiduría del amor’.

Una pastoral de la ternura tiene que fortalecer una triple dimensionalidad del ser humano: que promueva e impulse las *razones para ser; para convivir y para hacer*, fortaleciendo la vida personal – identidad comunitaria – convivialidad – y ética – actividad – de los seres humanos. La pastoral de la ternura ha de ser *generadora de confianza y del sentido de pertenencia* a una familia, a una comunidad. “La aportación más sagrada y urgente que la Iglesia puede ofrecer a la sociedad hoy, es: el fortalecimiento de la vida personal (razones para ser). El fortalecimiento del orden moral (razones para hacer). Y el fortalecimiento de la realización comunitaria (razones para convivir)”.

La pastoral de la ternura: **a) desinstala y descentra al ser humano, para poner sus ojos en Dios y en los demás; b) fortalece en la prueba, siendo conscientes de la vulnerabilidad personal** – “el amor, y solamente el amor es capaz de restituir el hombre a sí mismo”. Como la ternura es pro-existencia, es entrega, la vida se pone en juego en la donación de sí; **c) valora la humanidad-divinidad en la persona** – la ternura no se fija ni en las fallas, ni en las debilidades del pasado, sino que recurre a las cualidades positivas; **d) concientiza de la gratuidad de Dios** – para que la Iglesia sea un hogar de ternura, lo primero que debería vivir son unas relaciones humanas regidas por la lógica de la gratuidad, la

gratitud que se vuelve generosidad; e) **vuelca al ser humano para ser testigo y transparencia** – la ternura es conocida por el ser humano cuando experimentando la proximidad de Dios, no solo revela quién es Dios que ama, sino quién es el hombre cuando es amado; f) **conduce a la Pascua, hace vivir la experiencia de Resurrección** – vivir la ternura ‘no es posible sin la gracia de Dios’. Ser compasivos para con los otros, parte de la experiencia de la propia necesidad de la ternura de Dios, en quien la misericordia y fidelidad, la compasión y la solidaridad se entrelazan en un abrazo que abarca a toda la humanidad y a toda la creación. La ternura es la más formidable, universal y misteriosa de las fuerzas divinas inscritas en el corazón del hombre capaz de transformar el mundo.

*Frei Carlos Raimundo Rockenbach – OFM Cap
Secretario Ejecutivo del Departamento de Misión y Espiritualidad – CELAM
fr.carlos.rocke@gmail.com / misión_esp@celam.org
Bogotá – Colombia.*